

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL

DURACION Y ESTADO

EN mi artículo «Sobre el respeto» comenté un párrafo de un artículo de Ortega del 15 de enero de 1932. Pero ese párrafo terminaba en un paréntesis de pocas líneas, que merecía ser recordado. Decía así: «(Rusia e Italia no son Estados. Son Revolución y Contrarrevolución enquistadas. Durarán el tiempo que sea, pero su duración no será nunca estabilización, «estado». Es fácil decir, pero es falso decir, que son «nuevos» Estados. Ni nuevos ni viejos. Son precisamente lo otro. Lo propio acontece con el nacionalsocialismo de Alemania. ¡Aviso a los jóvenes que quieran de verdad buscar el verdadero Estado nuevo!)».

Cuando Ortega escribía estas palabras, la Rusia soviética tenía catorce años cumplidos; la Italia fascista, nueve; todavía faltaba un año para que pudiera hablarse de una «Alemania nacionalsocialista», porque Hitler no había triunfado aún, pero ya veía Ortega «el nacionalsocialismo de Alemania» pronto a establecerse. Fascismo y nacionalsocialismo iban a durar hasta 1945; el régimen soviético perdura, treinta años más tarde. No arguye esto, sin embargo, diferencias internas, ya que Italia y Alemania vieron destruidos sus regímenes por la derrota militar, por una guerra exterior; sin esto, no podemos saber cuál hubiera sido —o sería aún— su duración.

Lo curioso del caso es que en 1932 o ahora tiene perfecto sentido hablar de la duración de esos «Estados»; mientras que no se nos ocurre siquiera preguntarnos por la de Inglaterra, Francia o los Estados Unidos. Por supuesto, todo en el mundo es perecedero, y nos molesta la retórica de «la France éternelle» y cosas parecidas; pero aparte de esta consideración, que mira a la condición de lo histórico y no a la política, no tiene demasiado sentido especular sobre lo que van a durar los Estados que pudiéramos llamar «normales». Son Estados, «están» ahí, cambiarán o evolucionarán cuanto sus ciudadanos decidan. Su estabilidad consiste precisamente en su capacidad y deseo de variación en vista de las circunstancias; tienen «argumento», son históricos.

Cuando Ortega dice que los «Estados» totalitarios son Revolución o Contrarrevolución enquistadas, lo decisivo es el adjetivo: se trata de quistes históricos, de formas anómalas de enquistamiento. Por eso toman el aire de «fortalezas», se aíslan del exterior, se rodean de murallas, no permiten entrar ni salir:

ni a las personas, ni los libros, ni las ideas. Viven en permanente inseguridad, en medio de arsenales poderosísimos; todos les parecen enemigos, empezando por sus propios ciudadanos, a los que vigilan maníaticamente, y siguiendo por todos los demás países. Se sienten acorados por «conspiraciones», llámense como se llamen: según tiempos y lugares, jesuitas, masones, marxistas, capitalistas, multinacionales y, por supuesto, judíos.

No imaginamos a tales Estados en el siglo XXI, a no ser que prolonguemos sus rasgos sin variación sustancial: es la condición del quiste: son fósiles a priori. Por eso su duración —que puede ser muy larga— es mera «resistencia»: no es crecimiento, desarrollo, invención, programa; en suma, vida. Se trata de un proceso de «mineralización» social, sin precedentes en la historia de los pueblos occidentales.

Algunos jóvenes —o casi—, que viven «de oídas», andan hablando ahora de Ortega como «antecedente» del «fascismo español». Por supuesto no tienen la más remota idea de lo que pensó e hizo Ortega. Pero creo que, sobre todo, buscan algún antecedente prestigioso a sus menores inmediatos, que efectivamente tuvieron bastante que ver con ello, y quizás hasta fechas muy recientes.

Cuando a Ortega, residente en Lisboa, le preguntaron hace unos treinta años qué le parecía Salazar, contestó irónicamente: «Bien, muy bien, no se puede gobernar mejor a ocho millones de difuntos». Hasta el régimen portugués, que fue tan severo y prudente en ciertos órdenes, moderado hasta sus últimos años, no pudo evitar la fatal tendencia al enquistamiento, y de eso murió. Y ahora estamos viendo lo difícil que es superar esa dolencia, como los tejidos sociales, perdida su elasticidad, su vitalidad, tienden a recaer en otro enquistamiento, en otro totalitarismo, rehúyen precisamente el Estado como estabilización dinámica, flexible, cambiante. Están llenos de temor a la variación, a la invención, a la rectificación, el ensayo, a la libertad; en suma, a la vida. Son diversas formas de muerte histórica.

El caso de España es particularmente conmovedor. Y no lo digo como español, sino tratando de olvidar mi condición, salien-

dome del cuadro. Porque España está extrañamente viva. Los extranjeros que hacen la experiencia real de la vida en ella, encuentran más vitalidad que en otros países que tienen muchos más motivos aparentes. La capacidad de atención, de interés, de curiosidad, de diversión, de goce de la vida, son sorprendentes. No nos fijemos demasiado en lo que se dice públicamente, porque no se dice exactamente lo que se piensa, en parte por una coacción externa, en parte aún mayor porque se cree que «hay que decir» cierto tipo de cosas negativas, gemebundas, desesperadas. Mírese al pueblo real, al que llena las calles —y lo primero es eso, que las llena—, y las casas, y hasta los campos —en la medida en que no se han despoblado—. Atiéndase sobre todo a las grandes mayorías, a lo que por antonomasia un poco excesiva se suele llamar «el pueblo», a las porciones del país que no han sido mimadas y que tienen un formidable apetito de vida.

Digase lo que se diga, sean cualesquiera las fórmulas, la España real no está enquistada. Al contrario. Más bien está a punto de picar tímidamente la cáscara calcárea y salir del huevo, para asomarse al ancho, imprevisible mundo, en que nada está «escrito», en que no hay más remedio que imaginar, inventar, improvisar, arriesgarse, equivocarse, rectificar, volver a empezar.

Es, dicho sea de paso, lo único divertido, lo que puede librarnos del mortal aburrimiento que segregan los hombres de las «soluciones» previas, tecnócratas e ideólogos de todas las marcas.

Pienso que España puede tener un futuro interesante, atractivo, próspero y suficientemente apacible, con una sola condición: que le dejen tener un futuro, que no la hagan pasar de jaula en jaula. Para ello hará falta que unos cuantos españoles se pongan de verdad a pensar sobre las cosas, en lugar de sacarse de la manga, o de un librito, lo que va a pasar. Y que la totalidad de los españoles inviten —cortésmente si es posible— a los encantadores de serpientes a quitarse de enmedio y no obstruir el horizonte. Recuérdese la línea final de los viejos acertijos: «La solución, mañana». Nunca podremos aceptar que se nos diga: «La solución, anteayer».

Julian MARIAS

ANATOMIA SECRETA

CALMA EN LAS PLATEAS

DE un tiempo a esta parte, la prensa local comenta los resultados de cierta progresiva tolerancia que se advierte en determinados espectáculos públicos —cine, teatro—, por lo que se refiere a la exhibición de pedazos más o menos importantes del cuerpo de las artistas. Es lo que se llama, en palabra que casi «suena» a Amiches, el «destape». Parece ser que la clientela de los negocios aludidos está acogiendo la novedad con excesivas muestras de arrebato, y la cosa —unos senos por aquí, unas nalgas por allá— transcurre dentro de una calma general, apaciblemente bien educada. No he tenido ocasión de comprobarlo sino un par de veces: ante escenas donde el desnudo adquiere una relevancia —en todos los sentidos— notoria, la reacción de las plateas fue absolutamente correcta. No hubo gritos ríjidos, ni siquiera la previsible risita medio ahogada; no se observaba, tampoco, ninguna particular tensión reprimida entre los asistentes. Hay que reconocerlo: por este lado, se ha ganado mucho. La gente del país ha sufrido una larga, larguísima cuarentena visual, forzosa y ceñuda, y era de temer una reacción exuberante, casi agresiva. No se ha producido, sin embargo: eso dicen. En realidad, no es tan fiero el león como lo pintan. Además, no había de qué. Si bien se mira, y a pesar de los pesares, ya estábamos «maduros» para ese paso final.

No dejaba de ser una reticencia obtusa, quizás hipócrita, el «censurar» afflictivamente los escenarios y las pantallas, en este aspecto, cuando, en cambio, existía una considerable manga ancha respecto al particular tratándose de anuncios callejeros, láminas de calendarios, publicidad impresa de todo tipo. El «dirigismo» moral había hecho bastantes concesiones, acerca del asunto, a favor de la fluidez de las compraventas habituales. La compraventa, como se sabe, es sagrada. Y para inducir al vecindario a consumir los más banales productos del mercado, habían sido utilizados con espléndido desparpajo glúteos, pectorales, muslos, de un erotismo estuoso y enseñador. No sé si también vale la pena de poner en la cuenta el «contrabando» del ramo: las idas y venidas a la Europa permisiva, sea para pasar el rato en un cine más o menos «porno» de cualquier territorio cercano, como es el caso de las personas pudientes, o bien para el simple trabajo rutinario, que las multitudes subalternas,

una vez «fuera», tampoco se chupan el dedo. «Contrabando» que ya era más flagrante en la difusión de papeles o celuloideos expresamente convertidos en matute maquina. El «destape» no cogía desprevenido a nadie. Aun siendo un «destape» total, el impacto no podía ser, a estas alturas, muy escandaloso. Y, en el fondo, ni lo ha sido ni lo será. La misma noción de «escándalo»...

Bueno: éste es otro asunto, y quizás el caballo de batalla, a juzgar por las rutinas autóctonas, que desde hace un par de siglos a lo sumo, según cálculo, han alimentado las pastorales de los obispos, los gobernadores civiles —y no todos— y los «padres de familia» oportunamente asociados. El denostado Santo Oficio celtibérico, por ejemplo, no se caracterizó por una especial severidad en este punto. Más bien lo contrario. Don Marcelino Menéndez pudo defender a la Inquisición precisamente alegando la indulgencia con que los funcionarios del Tribunal dejaban pasar por los tórculos considerables cantidades de literatura «verde». Un mínimo de rigor histórico obliga a admitirlo: Torquemada y sus inmediatos sucesores, probablemente hasta el siglo XVIII, raramente fueron tan drásticos con el veto como los burócratas de los últimos decenios. Las jocundas obscenidades del «Cancionero general», y sobre todo de su subproducto, el otro «Cancionero», de las «obras provocadoras a risa», no encontraron obstáculos para editarse «entonces». Luego, sí: con los jansenistas en el poder, durante los Borbones, y con lo que vino después, que nunca dejó de ser jansenismo, hasta ayer mismo, aunque sus protagonistas lo ignorasen. El «escándalo», por otro lado, es un concepto elástico, y no siempre tuvo que centrarse en el hipogastrio. Si aquí hubo una mayor incidencia en el Sexto Mandamiento fue por una premeditada intención de postergar el resto del Decálogo. Alguien tenía interés en que fuese así.

No me olvido, mientras hago estas reflexiones, del «batación» ordinario ni de la sátirasis rural. Desde la canción —¿era una canción?— mitológica de «La pulga» hasta el «¡Fuera ropa!» aclamado por un público, en definitiva, inocentón y eufórico. Esta rama del entusiasmo popular —de clase media para abajo— recibió el nombre de «sicalipsis». Tuvo que ser ya entrado el siglo XX. Joan Petit —uno de los más serios y

completos intelectuales que he tratado en este rodar— intentó convencerme de que la palabra «sicalipsis» era una invención valenciana, relacionada con el acceso de don José Alemany, de Cuñer, a la presidencia de la Real Academia de la Lengua. Y me convenció. Pero explicar los motivos del caso me llevaría a exponer etimologías y anécdotas tolimónicas muy poco pudibundas, y preferiré dejarlo para otra oportunidad. Vuelvo a lo que iba: la broma estruendosamente salaz pertenecía a una sólida tradición occidental y cristiana, con Chaucer y el Arcipreste de Hita y el «Irrit», Boccaccio y los goliardos, Bernat i Baldovi y Pitarrá, y todos los clásicos y románticos de Camilo José Cela, documentados en su «Diccionario». Eso era lo normal, dentro de ciertos límites puritanos. El «escándalo» era mínimo: era «clásico». Y no se acabó el mundo porque la ciudadanía montase esa opción «liberadora». Si no recuerdo mal, en algún escrito de Josep Pla he leído que el señor Durán i Bas, ministro de la Restauración, y sus amigos, organizaban concursos de traseros. Es la vida. ¿O no?

Sospecho que, en todo ello, se interfería un principio «venenoso»: el remordimiento. Pero tampoco quiero meterme en honduras en esta cuestión. Confesores tuvieron aquellos personajes —desde Chaucer o Boccaccio hasta Durán i Bas y la «Chelito», y todos murieron reconciliados con Dios Nuestro Señor, por lo que cabe suponer. Lo de ahora es distinto. Hay un retroceso de las antiguas convicciones, y, en primer lugar, del remordimiento, y de lo que el remordimiento implica, empezando por el pecado. A menos «pecado», menos «escándalo», desde luego. Este es el quicio del problema. ¿Hasta qué punto la «moral» padece, en consecuencia? Pascal, que era un ortodoxo hasta extremos de jansenismo, ya insinuó la perspectiva del fantasma relativista: «verdad a un lado del Pirineo, mentira el otro lado». ¿Qué «moral» es la que anda en juego? Por lo que me llega de noticias, probablemente no es la misma en la diócesis de Cuenca que en las diócesis playeras y turísticas, y no sólo por la índole personal del respectivo Ordinario del Lugar. La «moral» es la «costumbre» —«ethos», «moeurs» y lo que convenga—, y no hay que exagerar. La exageración restrictiva supuso el peligro de la réplica disparada. Los

clavales, poco inclinados a leer, se aferraron a los textos —otras «biblias»— de Reich o de Marcuse, con lo cual nadie salía ganando nada. Pero el saldo es el que vemos: que no tiembla el universo por un palmo más o menos de «anatomía secreta», que nunca fue exactamente secreta, dicho sea de paso.

De hecho, eso no tiene nada que ver, o muy poco, con la denominada «pornografía». Un «pornógrafo» eminente fue el divino Pietro Aretino, y otro el marqués de Sade: en la historia de la cultura de que formamos parte, la «pornografía» ilustre peca más bien de pobre —genial, sí; pero cuantitativamente exigua—, y un presumible «pornógrafo» actual que sería Henry Miller no pasa de ser un «moralista» más. Contra lo que cree el magisterio de la pacatería, vivimos en un ambiente todavía puritano. Un episodio literario tan desafortunado como el de Miller no se comprende sin unas premisas victorianas... El «destape» consentido ni siquiera provocará graves perturbaciones en la adolescencia vigente. ¿A santo de qué? Las protuberancias del cuerpo humano, femeninas o masculinas, que técnicamente son inevitables, ya pertenecen al repertorio de la estatuaria antigua, de la pintura vaticana, del glorioso gusto estético de la burguesía, entre Velázquez y Renoir. Las fotos de «modelos» y de «artistas» no confunden la cuestión. Los pirulís «eróticos» de moda duran lo que dura la moda. ¿La Bardott, la Cardinale? Empezaban a ser unas prodigiosas anjanitas, estilo Marlène: ya lo son. El destino de las chicas sucesivas no será distinto... Ante el «destape», el peligro no es que los espectadores se extasien ante una teta, un pubis o un anca, sino que pierdan de vista el planteamiento de su domicilio. Las ofertas del «espectáculo» sólo son espectáculo. No hay manera de «socializar» estas cosas. Conozco mis clásicos: Marx, Engels, Lenin, Stalin, el oriental y desorientado Mao... Y no... Pero la condición de «voyeur» es importante. Un filósofo alemán sabría encadenar «ver»-«saber»-«ser». Como Reich. Pero eso sería una manipulación dialéctica...

Joan FUSTER

UNA CARRERA ACTUAL DE AMPLIO PORVENIR Y FUTURO ESCUELA TECNICA DE EMPRESAS TURISTICAS "SANTA MARIA DE ESPAÑA" Título oficial Queda abierta la matrícula para el curso 1975-1976. Alumnado mixto. Clases mañana y tarde. Plazas limitadas. Parking Bolsa de trabajo. Prácticas en agencias y hoteles. Para información e inscripción: PASEO REINA ELISENDA, 18 bis, Teléfono 203-08-40 BARCELONA - 17 (Sarriá)

SOLER CAMARAS ACORAZADAS Las más modernas cámaras acorazadas instaladas en las entidades bancarias llevan la firma SOLER ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A. Rambla Cataluña, 10 - Tels. 302 26 46 - 302 29 99 Barcelona (7) - Alfons, 3 - Tels. 242 24 03 - 241 02 97 Barcelona (13) Sistemas de Seguridad Instalaciones de Alarma Cristales especiales anti-balas

Moda TEJANA TODO EN TEJANO LA GAMINERIE Balmes, 221-223 Merlano Cubi, 17-27 OLVIDE LA NOMINA por 25 Ptas. empleado/mes EL SISTEMA LOGIC, de aplicación inmediata, sin coste inicial y de perfecta adaptación, proporciona, además de la documentación normal, un extenso número de informes de libre elección. PIDANOS MÁS INFORMACION: LOGIC CONTROL GRUPO INFORMATICO *BADALONA - Marina, 57 - Tel. 3801862 * BARCELONA-6 - Ronda General Mitre, 189 Tel. 2120295 * MOLINS DE REI - Avda. Eijo de Navarra, 6, 1º 4º - Tel. 3681263 * REUS - General Prim, 4, 4º * SABADELL - Gracia, 181-183 - Tel. 2966308 * VILANOVA I LA GELTRU - Rambla, 90, 2º 1º - Tel. 8933472.